

Las Morales

de Bárbara Viterbo Gutiérrez

Personajes

Marta, hermana de Elena; 35 a 40 años.

Ana, amiga de la familia; 35 años.

Matilde, madre de Marta y Elena; 60 años.

Raúl, esposo de Elena; de 38 a 40 años.

ACTO ÚNICO

La escena representa un velatorio de medio pelo enclavado en algún barrio popular de la ciudad de México. Al centro del escenario, cuatro candelabros largos enmarcan esquinados, el lugar de un féretro, que aún no ha llegado; en cada uno de estos, una lámpara azul, que simula a un flameante cirio. A la derecha, una banca de metal o un sillón viejo y descolorido. Ana se encuentra en escena, de pie, en primer término, fuma nerviosa al tiempo que llora de manera contenida. Camina a su derecha, se sienta en la banca, unos segundos después se levanta inquieta. Su imagen es sencilla, pero denota clase; carece por completo de maquillaje. Termina de fumar y arroja la colilla a un cenicero que se encuentra junto a la banca. En ese momento entra Marta: es una mujer de piel blanquísima, de rostro adusto, apretado, y cuyo vestuario, denota sobriedad y cuidado, hasta en el más mínimo de los detalles; su arreglo contrasta con el de Ana, por el sobrecargado maquillaje.

Al fondo un gran crucifijo de vidrio de espejo, con detalles en negro.

Marta: *(Sorprendida, a Ana).* ¿Qué haces aquí?

Ana: *(Quien no se había percatado de la entrada de Marta, voltea hacia ella).* Marta...

Marta: ¿Qué haces aquí? *(Sin permitir que Ana responda).* De seguro te avisó el arrastrado del carpintero.

Ana se acerca a abrazarla, Marta nerviosa intenta rechazar el abrazo.

Ana: Primero me habló Raúl, y luego Quica.

Marta: ¿Quica? ¿Cuál Quica?

Ana: Quica Arámbula.

Marta: *(De repente nerviosa e intrigada)*. ¿Quica? No puede ser. ¿Y ella cómo se enteró?

Ana: También le hablaría Raúl.

Marta: ¿Raúl? ¿Qué Raúl?

Ana: El mismo que me habló a mi. Raúl Martínez, tu cuñado.

Marta: Ése no es mi cuñado.

Ana: Bueno, pues él.

Marta: Eso es una vil mentira. ¿De dónde conoce el carpintero a Quica Arámbula?

Ana: Por tu hermana.

Marta: Eso es imposible... Elena y tú son otra cosa. ¿Pero Quica? No la creo capaz de arriesgar de ese modo su prestigio, su abolengo.

Ana: No han de tardar en llegar.

Marta: ¿Quiénes?

Ana: Las Arámbula.

Marta: ¡Todas!

Ana: Sí.

Marta: ¡Qué situación! *(Pausa)*. ¡No puede ser! Una cosa es Quica, pero las demás... ¿cómo?

Ana: *(Se limpia la cara con un pañuelo)*. Quica siempre anda con Regina, y a Regina la sigue mucho Encarnación.

Marta: *(Enciende un cigarro)*. ¿Y ahora, qué hacer?

Ana: ¿Qué hacer de qué?

Marta: Para que no vengan.

Ana: ¿Por qué?

Marta: Mi mamá está afuera.

Ana: ¿Y?

Marta: No le va a gustar nada que ellas estén aquí.

Ana: (*Sarcástica*). ¡Qué caray!

Marta: ¡De verdad Ana...! ¿No te das cuenta?

Ana: No, ¿de qué, eh?

Marta: ¡Cómo van a venir aquí, a este lugar!

Ana: ¿Qué tiene?

Marta: ¿Qué estás ciega? (Yo no sé si eres idiota o te haces).

Ana: (*Vehemente*). Por Dios Marta, sabes perfectamente de donde vienen. Son tan corrientes como tú, como yo, como la gente de este lugar.

Marta: ¡Cómo te atreves!

Ana: Nuestros padres vendían telas en la merced. ¿O qué, ya se te olvidó?

Marta: ¡Tú no comprendes!

Ana: ¿Y qué es lo que tengo que comprender?

Marta: Una cosa es que a ellas y a ti (y a la estúpida de mi hermana) les guste mezclarse con gente de tan bajo nivel, y otra que crean que a mí y a mi mamá también nos gusta. ¿Okey? (*Pausa brevísima*). ¡Y con lo chismosas que son (las Arámbula)!

Pausa larga.

Ana: ¿Y la tía Julia?

Marta: Se quedó en la casa.

Ana: Cuidando a Fernandito.

Marta:(*Molesta*). Evidentemente.

Ana: ¿Ya aprendió a dializarlo?

Marta: (*Desconcertada, como quien está pensando en algo distinto*). ¿Cómo?

Ana: ¿Las diálisis, sabe hacerlas?

Marta: ¿Y tú cómo te enteraste de eso?

Ana: En el funeral de Fernando y Leticia me comentó que necesitaba aprender a dializar al niño.

Marta: (*Reaccionando*). ¡Claro, la tía Julia! ¡La muy imbécil! No fue Raúl quien les avisó a las Arámbula. Fue la Julia ésa... No sé cómo se le ha ocurrido a mi mamá contárselo. A estas horas lo sabrán todas en el club. ¡Qué humillación!

Ana: No exageres, no es para tanto; después de todo, Elena es tu hermana.

Marta: Eso es lo que más me molesta; al parecer ni muerta nos va a dejar en paz.

Ana: (*Entre dientes, por lo que ha dicho Marta*) ¡Qué bárbara! (*Molesta, camina hacia la salida*).

Marta: (*Intenta detenerla*) ¿A dónde vas?

Ana: Suéltame por favor.

Marta: Ahí vas de chismosa a buscar a mi mamá.

Ana: (*Contenida*). ¿Me sueltas Marta?

Marta: ¿Qué le pasó a Elena?

Ana: (*Zafándose*). Tuvo un accidente. (*Camina hacia la salida*).

Marta: ¿No te puedes esperar?

Ana: ¿Para qué quieres que me espere?

Marta: ¿A qué horas llegaste?

Ana: Poco antes de que llegaras tú.

Marta: ¿Cuándo te avisaron?

Ana: Hoy en la madrugada.

Marta: ¿Pero no estabas en Brasil, o sí?

Ana: No, hace un mes que estoy aquí.

Marta: ¿No me digas? ¿Y por qué?

Ana: Vine a visitar a mi mamá.

Marta: Ah... ¿Y cómo está?

Ana: Bien, dentro de lo que cabe.

Marta: ¿Por qué no la trajiste?

Ana: Ya no puede salir.

Marta: ¿Tan mal se ha puesto?

Ana: Sí.

Marta: Oye Ana... ¿Con quién estaba Elena cuando el accidente?

Ana: No sé.

Marta: Estaba con su hijo, ¿no?

Ana: ¿Con Monchito?

Marta: (*Esbozando una sonrisa burlona*). ¿Cómo se llama?

Ana: ¿Qué te dijeron?

Marta: ¿Monchito! ¡Qué nombre!

Ana: Se llama Ramón. ¿Quién les habló, Marta?

Marta: No sé, creo que la mamá de Raúl.

Ana: ¿Qué les dijo?

Marta: Que Elena había muerto y que el niño estaba muy grave en el hospital.

Ana: (*Contiene la angustia*). No puede ser... Ni Quica, ni Raúl me dijeron nada... ¿Estás segura Marta?

Marta: No, por eso te lo pregunto.

Ana saca de su bolsa un celular y marca un número, va a salir.

Marta: ¿A quién le hablas?

Ana: (*Busca evadir la respuesta*). A una amiga...

Cuelga molesta, marca otro número.

Marta: ¿A Quica?

Ana: No.

Marta: (*Mordaz*). Entonces le hablas al arrastrado del carpintero.

Nadie responde, guarda el teléfono molesta y se sienta llorosa y enojada en la banca.

Ana: (*No le importa que la otra la escuche*). El niño siempre estaba con ella.

Marta: ¿O sea que lo que nos dijeron es posible que sea cierto?

Ana: (*Molesta*). ¡Carajo, no puede ser! No tiene ni cinco años. (*Pausa. Enciende un cigarro*). Si lo conocieras... No sabes lo ocurrente que es y lo bonito que está. Se parece mucho a tu papá.

Marta: Eso no es cierto.

Ana: Y tú cómo lo sabes, si ni lo conoces.

Marta: Es de suponerse, digo los pinacates como Raúl siempre aportan espermas dominantes.

Ana: ¿Qué?

Marta: (*Con fingida lástima*). ¡Ay pobre, no entiendes! Se me olvidaba que ni la carrera terminaste.

Ana: Marta, querrás decir genes, ¿no?

Marta: ¿Cómo?

Ana: Pues sí, espermatozoides es lo que eyacula el hombre durante el coito.

Marta: (*Confundida de repente*). Bueno sí, todo eso... ¿Y? Ha de ser idéntico al naquete del carpintero.

Ana: Pero si te digo que es igualito a tu papá.

Marta: ¡Estás loca! ¡Eso es imposible! Mi padre era rubio plateado.

Ana: También el niño.

Marta: (*Riendo con sarcasmo*). Sí, como no. (*Pausa brevísima*). ¡Eres una mentirosa!

Marta saca de su bolso un frasquito del que extrae una pastilla que ingiere nerviosa.

Marta: Ana... ¿Y cómo están por tu casa? ¿Ya se recuperó tu mamá de lo de Janito? Me haces suponer que todos están muy bien y en paz, cuando tienes que andar buscando donde meter las narices, para no aburrirte.

Ana: (*Sarcástica*). ¡Exacto! ¿Qué comes que adivinas, Marta? Janito hace más de un año que salió de la clínica.

Marta: Pero recayó ¿no?

Ana: (*Con intensidad*). No, como tú... comprenderás.

Marta: ¿Qué quieres decir?

Ana: Que le va muy bien. Está trabajando con Luis Toledo.

Marta: (*Sorprendida, al haber escuchado dicho nombre*). ¿Con Luis Toledo? No puede ser.

Ana: ¿Lo conoces?

Marta la mira con ojos fulminantes.

Ana: Claro, no me acordaba. Te fuiste con él a Compostela. Supiste que se casó con mi prima, ¿no?

Marta: Sí, con una que se parecía a mí; (*Ufana*) Y que el pobre la tuvo porque nunca me pudo olvidar. ¿Cómo se llama?

Ana: ¿Quién? ¿La que se parecía a ti o con la que se casó?

Marta: (*Confundida*). ¿Cómo? Pues es la misma, ¿no?

Ana: No. Pensaba que ya lo sabías. Se casó con Mili.

Marta: ¿Cuál Mili?

Ana: La que estudiaba música en Boston. Te has de acordar muy bien de ella; llevaba un escote que le daba hasta el ombligo en una de las reuniones que hacían las Arámbula... Que por cierto, se puso a tocar a dúo con Elena; pasó muy discreto tu hermano y le Zafó el escote. (*Ríe nostálgica*). Ella siguió tocando, y por más caras que le hicimos Elena y yo, aquella ni caso.

Ana ríe, aunque de inmediato se reprime, al recordar donde se encuentra; la risa se transforma en un gesto triste.

Marta: ¡Ay sí! La muy exhibicionista.

Ana: Sí, es muy exhibicionista, pero también muy simpática.

Marta: ¡Uy, a ti todo mundo te parece simpático y ocurrente!

Ana: Y a ti todos te caen gordos.

Marta: Por eso tú y yo nunca podremos ser amigas.

Ana: ¿No, verdad?

Silencio largo y tenso. Ana enciende un cigarro.

Ana: ¿Qué fue exactamente lo que te dijo la señora Emilia?

Marta: ¿Quién?

Ana: La mamá de Raúl.

Marta: Lo que te dije.

Ana: ¿Pero qué les pasó?

Marta: Quisiera que alguien me lo explicara, porque esa señora solo nos dijo que Elena había tenido un accidente, que ella había muerto y que el niño se encontraba muy grave en el hospital.

Ana: ¿En qué hospital?

Marta: Ni idea.

Ana: ¿Por qué no preguntaste?

Marta: ¿Yo, cómo se te ocurre? ¡Estás loca! *(Con expresión de asco)*. ¡Eegg!

Ana: Entonces, ustedes ya se van.

Marta: No. ¿Por qué?

Ana: Pensé... digo... por lo que estás diciendo...

Marta: *(Hipócrita)*. Después de todo Elena era mi hermana.

Ana: Claro... ¿Hace cuánto que no la veías? ¿Desde que nació el niño o cuando murieron Fernando y Leticia?

Marta: ¿Cómo?

Ana: Hace mucho que no la veías, ¿no?

Marta: *(Entre dientes)*. ¡Imbécil!

Ana: *(Que no la ha oído)*. ¿Sí?

Marta: Nada.

Marta se da la media vuelta para salir. Entra Matilde: es una mujer de sesenta años, pero que aparenta muchos menos. Su vestuario es muy sobrio y elegante, denota seriedad y cuidado hasta en el más mínimo de los detalles.

Matilde: (*Al ver a Ana, sorprendida*). ¡Annie! ¿Pero qué haces aquí? ¿Quién te avisó?

Ana: Matilde. (*La saluda con un beso*). Hola...

Matilde: (*Alzando un poco la voz, a Marta*). ¡Hija, a dónde vas?

Marta sale sin responderle.

Matilde: Annie. ¿Cómo estás?

Ana: Todo ha sido tan repentino.

Matilde: Tienes toda la razón; por lo mismo quisiera pedirte un favor. No me gustaría que

Blanca se enterara que estuviste aquí, con nosotras.

Ana: Matilde, al contrario, está muy apenada porque no pudo acompañarme.

Matilde: ¡No me digas? ¡Pero creerá que esto ha sido en un sitio mejor!

Ana: No, ella misma ha dado la orden al chofer de traerme aquí.

Matilde: ¡Válgame el cielo! ¡Qué vergüenza! ¡Lo que habrá dicho!

Ana: No ha dicho nada. (*Pausa brevísima*). Aquí mismo fue donde se hizo el servicio de su hermano.

Matilde: (*Incrédula*). ¿De veras?

Ana: Ajá... Tú acompañaste a Elena en aquella ocasión.

Matilde: Pero esto estaría diferente.

Ana: Un poco, ahora está mucho mejor.

Matilde: (*Hipócrita*). ¿Crearás que no me acuerdo?

Ana: Claro, fue hace tanto que...

Matilde: (*Abrupta*). Así que el chofer está esperándote.

Ana: Sí.

Matilde: Tendrás otros compromisos.

Ana: Cancelé una cita que tenía con el médico.

Matilde: (*Tomándola del brazo, para conducirla hacia la salida, que se encuentra a su derecha.*) Bueno querida, no sabes cuánto te agradezco el que te hayas tomado la molestia de venir.

Ana: (*Se zafa de Matilde, discreta.*) No es ninguna molestia. Al contrario yo...

Matilde: Dile a Blanca que hemos recibido sus condolencias. Nosotras también en un rato nos vamos.

Ana: ¿Sin haber acompañado a Elena?

Matilde: No querrás esperar a que lleguen los parientes de Raúl.

Ana: ¿No? ¿Por qué?

Matilde: Es gente tan ordinaria. De lo que serán capaces al vernos.

Ana: (*Fingiendo.*) ¿Crees que nos puedan hacer algo?

Matilde: Claro. No se detienen ante nada.

Ana: Siendo así... ¿Por qué no nos vamos las tres? A Marta tampoco le veo muchas ganas de quedarse.

Matilde: Le dije a Juan que se regresara a la casa, tendría que llamarle para que venga por nosotras.

Ana: No hace falta, yo las llevo.

Matilde: De ninguna manera... ¿Para qué tomarte tantas molestias?

Ana: ¿Yo? No te preocupes... nunca manejo.

Matilde: ¿Y hacer que se desvíen por nosotras?

Ana: Matilde, nadie se desvía por tres cuerdas.

Matilde: Preferiría esperar...

Ana: Como gustes...

Matilde: (*Despidiéndose de Ana*). ¡Ay hijita, no sabes cuánto te agradezco el que hayas venido hasta acá!

Ana: Sería mejor que yo espere también, no está bien que las deje solas, y menos si como dices la familia de Raúl...

Matilde: Por nosotras no te detengas...

Ana: Si no te molesta, prefiero quedarme un rato más.

Matilde: Como quieras. Luego no digas que no te lo advertí.

Ana: Pierde cuidado.

Entra Marta. Matilde da media vuelta, y se sienta en uno de los sillones que se encuentran en escena, su hija la alcanza y la mira con intensidad como intentando decirle algo que no puede. Matilde se levanta respondiendo a la mirada de su hija. Entra Raúl; lleva una enorme corona de flores. Es un hombre alto, moreno, muy bien parecido, como de unos 38 o 40 años. Viste un pantalón negro, muy sencillo y una camisa azul arremangada. Al verlo Marta y su madre se petrifican. Él no se ha percatado de su presencia. Va a volver a salir cuando ve a Ana.

Ana: Raúl... (*Se acerca a él*).

Raúl: ¡Anita!

Ana: ¿Cómo estás?

Se abrazan, Raúl contiene el llanto. Ella un poco menos que él; Marta y Matilde miran confundidas la escena.

Raúl: Siento como si en cualquier momento Elena fuera a entrar por la puerta...

Ana: Es increíble, todo ha sido tan repentino. Apenas la semana pasada estuvimos en Querétaro, en lo de tu primo, y ahora... (*Comienza a llorar*).

Raúl: Gracias por venir.

Se abrazan de nuevo.

Raúl: No sé lo que voy a hacer sin mi güerita.

Ana: Tranquilo, después hablamos. (*Mirando hacia donde se encuentran Marta y su madre*). Por cierto, ¿ya viste a tu familia política?

Raúl voltea hacia donde Ana le ha indicado. Las mira un momento. Camina unos cuantos pasos hacia ellas; se detiene.

Raúl: (*Contenido*). Buenas noches.

Matilde: Buenas noches, Raúl.

Raúl: Perdón, pero quién les avisó.

Matilde: Tú mamá nos llamó.

Raúl: ¿Mi mamá?

Matilde: Sí.

Raúl: (*Con disgusto.*) ¡Mmm! (*A Matilde*). Vino por el anillo, ¿no?

Matilde: (*Acercándose a él*). ¿Cómo puedes pensar eso? ¡Y en estas circunstancias! No

Raúl, de ninguna manera.

Raúl: Ese fue el pretexto en el funeral de Fernando.

Matilde: Ahora es diferente; estamos muy arrepentidas y quisiéramos ayudarte en lo que se te ofrezca y...

Raúl: (*Interrumpiéndola*). Gracias doña Matilde, pero si no he ido a pedirle nada durante todo este tiempo, menos lo haré ahora.

Matilde: Es distinto, tendrás muchos gastos, el niño por ejemplo...

Raúl: Pierda usted cuidado.

Marta: ¿Y tardará mucho en llegar?

Raúl: ¿Quién?

Marta: (*Altanera*). ¿Cómo quién? El cuerpo de Elena.

Raúl: (*Ofuscado*). Sí me permiten, tengo que salir.

Marta: ¿Pero?

Raúl: Con permiso.

Raúl sale. Ana sale tras él.

Marta: (*Escandalizada*). ¡Mamá viste! ¡Te das cuenta de cómo nos trató este pinche naco!

Matilde: Hija, por favor.

Marta: Mamá vámonos, no tiene caso esperar.

Matilde: No.

Marta: ¿Y qué tal si los dos murieron?

Matilde: Para eso estamos aquí.

Marta: ¿Para qué? ¿Para velarlos? No estoy loca.

Matilde: Es la única forma de enterarnos.

Marta: Por favor, mamá. Los dos han de estar muertos.

Matilde: ¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo Ana?

Marta: ¡Ash, esa!

Matilde: ¿Te dijo algo?

Marta: Se hace la que no sabe.

Matilde: ¿Y entonces?

Marta: Dice que el niño estaba siempre con ella.

Matilde: Eso no significa que esté muerto también.

Marta: Es lo más probable.

Matilde: Mientras yo no sepa lo que ha ocurrido con el niño, no pienso moverme de aquí.

Marta: ¿Y entonces qué vas a hacer?

Matilde: Esperar que Raúl vuelva y le podamos preguntar.

Marta: (*Irónica*). ¿Y te va a contestar?

Matilde: ¿Por qué no?

Marta: Ni lo sueñes.

Matilde: El niño es mi nieto, y Elena mi hija, está obligado a responderme, ¿o no?

Marta: Mamá vámonos, por favor.

Matilde: Si quieres vete tú, yo me quedo.

Marta: Por favor mamá.... (*Buscando persuadirla*). ¿Sabías que las Arámbula saben de esto,
y van a venir?

Matilde: ¿Qué? ¿Quién les dijo?

Marta: La tía Julia.

Matilde: No puede ser, yo no hablé una palabra con ella.

Marta: ¿No?

Matilde: No. ¿Para qué? Nos hubiera complicado más el asunto.

Marta:(*Inquieta, en voz baja*). Entonces... ¿Cómo se enteraron?

Matilde: No lo sé... ¿Qué raro? Yo no he hablado con ninguna de nuestras amistades. ¿Y
tú?

Marta: Tampoco.

Matilde: ¿Segura?

Marta: No.

Matilde: ¿Y entonces?

Marta: Fue Ana mamá.

Matilde: ¿Ana?

Marta: ¿No ves como se lleva con el carpintero?

Matilde: Sí, ¿verdad?

Marta: Aunque claro, ella dice que fue Quica quien le habló.

Matilde: ¡Pero cómo! Dios mío, ¿será cierto?

Marta: ¡Mamá, cómo crees!

Matilde: ¿No?

Marta: Por favor; todo lo inventó para engatusarnos, para humillarnos y reírse de nosotras.

Matilde: ¡Será posible!

Marta: Claro, como si no la conocieras.

Marta camina por el espacio, mientras que Matilde se sienta de nueva cuenta en la banca o sillón que se encuentra en escena.

Marta: Mamá, ¿y si nos vamos? No podemos estar aquí cuando ellas lleguen.

Matilde: Hija, en éstas circunstancias no me importa si nos encuentran aquí las Arámbula, las Corcuera o las Vargas.

Marta: ¡Carajo! (*Pausa; cambio.*) ¿Hablaste con el doctor Álvarez?

Matilde: Sí, antes de salir para acá.

Marta: Y qué te dijo.

Matilde: Que en el hospital siempre hay quirófanos disponibles para cualquier emergencia.

Marta: ¿Tampoco hablaste de eso con la tía Julia?

Matilde: No, prefiero decírselo cuando sea seguro.

Marta: Siento que estamos perdiendo el tiempo.

Matilde: No creo que Raúl se niegue, somos la familia de su esposa.

Marta: Mamá estás loca, ¿no viste como se puso?

Matilde: Ay, hija.

Marta: Casi me pega.

Matilde: Eso no es cierto, Marta, no exageres.

Marta: Es un patán.

Matilde: Pues si hija, pero tenemos que intentarlo. Está de por medio la vida de Fernandito.

Marta: Es inútil hablar con un pobre ignorante que no entiende de razones.

Matilde: No creas que le va a resultar tan sencillo negarse, después de la cantidad que le pienso ofrecer.

Marta: ¿Le vas a dar dinero?

Matilde: Si es necesario.

Marta: ¡No lo puedo creer!

Marta ríe escandalosamente, al tiempo que camina de espaldas para alejarse de su madre. Ana regresa, parece haber estado llorando, trae un vaso con café en una mano, y un cigarro encendido en la otra. Camina hacia donde se encuentra Matilde.

Ana: *(Con fingida sorpresa)*. ¡Matilde, siguen aquí! Pensé que se habrían ido.

Marta: *(Entre dientes, para sí)*. ¡Idiota!

Ana: *(Que la ha escuchado)*. ¿Cómo?

Marta: Si me escuchaste para que te haces la tonta.

Ana bebe de su café y da una bocanada a su cigarro. Matilde va a salir.

Marta: Mamá... ¿A dónde vas?

Matilde: A buscar a Raúl.

Marta: ¿Para qué?

Matilde: Voy a hablar con él.

Marta: Te acompaño.

Ana: No lo van a encontrar.

Matilde: ¿Se fue?

Ana: Sí.

Marta: ¿A dónde?

Ana: Me parece que al hospital.

Matilde: (*Ansiosa*). ¿Ah, sí! ¿Y a cuál hospital?

Ana: No lo sé, no me dijo.

Marta: (*Irónica*). ¡Por favor, no me hagas reír! ¡A otro perro con ese hueso!

Matilde: (*A Marta*). ¡Hija!

Ana: ¿Para qué quieren hablar con él?

Matilde: Queremos saber cómo está el niño de Elena.

Ana: ¿Por qué? ¿Se piensan quedar con él?

Marta: (*Al mismo tiempo que Matilde*). ¡De ninguna manera!

Matilde: (*Al mismo tiempo que Marta*). ¡Tal vez!

Marta: ¡Pero mamá!

Ana: Yo no lo vería mal.

Matilde: Comprenderás que no nos corresponde a nosotras decidir sobre el futuro del niño.

Ana: Claro. Aunque se me ocurrió que con la enfermedad de Fernandito, quizá ustedes estarían interesadas en quedarse con este otro.

Marta: ¿Entonces está bien?

Matilde: ¿Va a vivir?

Ana: Si así fuera, ¿se quedarían con él?

Marta: (*A Ana*). ¿Estás loca? ¡Primero muertas!

Ana: Marta no exageres. Este niño también es tu sobrino.

Marta: Querida, ya te habrás percatado que entre ellos y nosotras existen grandes, enormes diferencias. La familia de Raúl y la nuestra provienen de lugares totalmente distintos. Es como si quisieras juntar changos con leones en la una sola jaula. No son lo mismo.

Matilde: Hija, no hables así...

Ana: El niño está muy chiquito; lo podrían educar como ustedes quisieran.

Matilde: Claro, tienes razón.

Marta: Mamá, qué te pasa, ¿no te das cuenta de lo que dices? (*Furiosa; a Ana*). ¿Cómo te atreves siquiera a sugerir una cosa tan estúpida? ¿Te imaginas lo que pensarían las Barraza o los Núñez?

Ana: Nada, sus hijos tienen amistad con los hijos de Fox, que son adoptados.

Marta: No, querida, es muy distinto: Estoy segura que él y Lilián buscaron a unos niños que no se vieran tan así.

Ana: (*Incrédula*). ¿Tan así? ¿Cómo?

Marta: ¡Tan negros, nacos y feos! ¡Te cada claro imbécil!

Matilde: ¡Virgen santa!

Marta: ¡Esta gente no es de nuestra clase, no son como nosotras! ¡Es gente fea, pobre, sucia! ¡Son como animales! ¡Estúpidos, ignorantes y peligrosos!

Matilde: ¡Marta, te quieres callar!

Marta comienza a llorar, su llanto es rabioso y enardecido.

Marta: (*A su mamá*). ¡No comprendo cómo pudieron permitir que las cosas llegaran tan lejos!

Matilde: ¡Contrólate, por favor! En cualquier momento podría entrar alguien.

Marta: ¡Acabas de decir que eso ya no te importa! ¿O sí?

Matilde: Hija, te lo suplico...

Marta: Siempre dejaron que la estúpida de Elena hiciera su santa voluntad... Siempre...

Matilde: Eso no es verdad.

Marta: ¡Elena, todo Elena! Que si era la bonita, la inteligente, la piadosa, la simpática, la consciente, la estudiosa, la buena, la trabajadora, la sencilla, la independiente; además de alegre, entusiasta, gentil, comprensiva, paciente, justa, recta, leal, amigable, sincera, generosa y buena hermana. ¡Ah! Y por si algo faltara, deportista, idealista y activista solidaria.

Matilde: ¡Cállate, por favor!

Marta: (*Sin escuchar a Matilde.*) Este espécimen digno de toda alabanza y adulación escoge una carrera acorde con su personalidad y estudia sociología con los porros, drogadictos y acomplejados de la UNAM, quienes le enseñan el maravilloso arte de vestirse con chanclas, jergas y trapos de cocina. Por si esto fuera poco, se vuelve zapatista e indigenista, además de indigente. Pero mi hermanita, quien nunca se conformó con nada, necesitaba el *kit* completo, y entonces, en una marcha, en el metro, o en Playa Paraíso, conoce a Pepe el toro, el rey del serrucho y el martillo, y se casa con él; renunciando incluso a su carrera para dedicarse de lleno al carpintero, al Torito y a las causas más nobles y abnegadas.

Matilde: ¡Qué vergüenza!

Marta: ¿Te da pena que se enteren? (*Ríe*). ¡A mí no! Que conozcan, que sepan quien fue en realidad Elena. De donde viene el dinero del que visten y del que tragan.

Matilde: ¡Te lo suplico hija, no te das cuenta!

Marta: De lo que me doy cuenta es de lo estúpidos que fueron tú y papá.

Matilde: Nada de eso, yo siempre me opuse a la manera de actuar de Elena, no puedes decir que yo la solapé.

Marta: Así fue mientras vivió papá; no podías contradecirlo... ¿Cómo? Pero después de que él murió debiste haberte puesto más estricta con ella. No permitirle tantas idioteces.

Matilde: Y así lo hice, pero no lo podía hacer con tu padre vivo. No tenía porque hacer más pesada su agonía.

Marta: Mentirosa, la herencia no se la quitaste. Él ni se hubiera enterado.

Matilde: ¿Pero qué caso tiene estar recordando todo eso? Ya pasó. No ganamos nada. Me importa lo que hagamos de ahora en adelante: Tú, yo y Fernandito.

Marta: *(A Ana que durante todo este tiempo se ha encontrado alejada de ellas, solo observándolas.)* ¡Anita, pero si aquí estás! ¿Qué te parece Annie? ¿Qué opinas de nuestros dramas familiares! ¿Por qué no les hablas a las Vargas o a las Corcuera para que también se enteren?

Matilde: ¡Basta! ¡No voy a permitir que continúes con esto! ¡Márcale a Juan...! ¡Te vas con él!

Marta: ¡Uyy, uy, uy! *(Remedándola.)* “¡Márcale a Juan...! ¡Te vas con él!” ¿Por qué nunca le hablaste así a Elena? ¿Por qué no la corriste cuando llegó el día de mi cumpleaños con la bola de nopales esos que venían de Chiapas y a los que sentó a la mesa junto con todas mis amigas del Rosedal? ¿O el día que vendió el vestido que me regaló la abuela en su lecho de muerte, para pagar la fianza de uno de los indigentes con los que se juntaba? ¿Por qué no le quitaste el anillo de la abuela? ¡Contéstame mamá! ¿Por qué, eh! ¿Por qué!

Matilde: Marta entiende por favor; no es ni el lugar, ni el momento. No podemos regresar el tiempo.

Marta: ¡Pero tú sí me podrías contestar!

Matilde: (*Desafiante, la toma por los hombros*). Mira Marta, no puedo arriesgarme a que con tus berrinches y desplantes eches todo a perder. Así que te calmas o te vas.

Marta: ¡Pero mamá!

Matilde: ¡Entiende, necesito hablar con Raúl y saber cómo está el niño!

Pausa. Matilde fatigada, se sienta en la banca o sillón en el que se encontraba al inicio de la obra. Marta camina llena de rabia por todo el lugar, después sale. Ana que durante todo lo anterior se mantuvo expectante y confundida, se sienta a un lado de donde se encuentra Matilde.

Matilde: Me siento muy avergonzada. Tal vez sería mejor que tú te fueras también.

Ana: No te preocupes yo...

Matilde: Desde el asesinato de Fernando y Leticia, Marta no se ha podido recuperar.

Ana: ¿Y tú?

Matilde: No sé de dónde he sacado fuerzas.

Ana: Es que aquello fue terrible. Qué suerte que el niño no murió.

Matilde: Sí, y yo lo quiero tanto. Es la viva imagen de Fernando mi hijo, cuando tenía su edad.

Ana: Es que no conoces al niño de Elena. Es idéntico a Fernando, tu esposo.

Matilde: ¡No me digas! ¿Y cómo se llama!

Ana: Ramón, pero le decimos Monchito.

Matilde: Así se llamaba mi papá.

Ana: Elena se acordaba mucho de su abuelo.

Matilde: Era un hombre muy bueno.

Ana: Matilde, ¿de verdad te quedarías con el hijo de Elena?

Matilde: No lo sé, por eso quisiera hablar con Raúl; saber cómo se encuentra el niño, porque si se va a morir... (*Cambio*). ¿Y tú de verás no sabes nada?

Ana: No puedo decírtelo.

Matilde: ¿Por qué? Me parece absurdo y cruel.

Ana: Le hice una promesa a Raúl.

Matilde: ¡Qué barbaridad! (*Pausa*). Dime Ana, ¿qué te hemos hecho para que te portes así con nosotras?

Ana: (*Un tanto confundida*). No te entiendo.

Matilde: Para que le seas incondicional a Raúl y no a la gente de tu clase, de tu nivel. Nuestras familias han cultivado una amistad por generaciones. Te has encargado de esparcir nuestros problemas por todas partes.

Ana: Eso no es verdad, Matilde.

Matilde: No lo niegues, hija; les hablaste a las Arámbula, para ponerlas al tanto. ¿Para qué? Ellas por ningún motivo pisarían un lugar como este.

Ana: Te equivocas. Quica y Elena se frecuentaban mucho últimamente.

Matilde: (*Sarcástica*). ¡No me digas! Y para qué... ¿Para ir al club y que sus hijos convivieran en armonía mientras Raúl juega golf? Por favor...

Ana: Precisamente.

Matilde: No te creía capaz de llevar una mentira tan lejos.

Ana: Quica está saliendo con un primo de Raúl, que es arquitecto. ¿No lo sabías? Tal vez hasta te lo hayan presentado el día de la boda de Mónica O'Brian.

Matilde: ¡Lo llevó!

Ana: Claro.

Matilde: ¡No puede ser!

Ana: En cuanto lleguen les puedes preguntar.

Matilde: ¡Sinvergüenzas!

Del exterior de la sala, provienen los ecos de una multitud que grita y poco a poco se acerca al lugar donde ellas se encuentran. Retumban de nuevo las campanas una iglesia, apagando un poco el clamor de la manifestación. Marta regresa, viene agitada y con señales no muy obvias de haber ingerido algún tipo de narcótico estimulante; tropieza al entrar y cae. Ana se acerca a ayudarla, pero ella reacciona de inmediato. Marta fija su mirada en Ana, buscando intimidarla. La primera estalla en carcajadas. Ana un tanto desconcertada sale a ver lo que sucede fuera.

Matilde: Hija... ¿Qué pasa?

Marta: (*Levantándose*). ¡Mamá vámonos! ¡Ahí vienen!

Matilde: ¿Quiénes?

Marta: La chusma... Los parientes de Raúl.

Matilde: ¿Traen el cuerpo de tu hermana?

Marta: (*Sobándose*). No me fijé.

Matilde: (*Molesta, adivinando el estado de su hija*). ¿Qué estuviste haciendo?

Marta no contesta.

Matilde: ¿Cómo sabes que son ellos?

Marta: Porque son muchos, y vienen hacia acá.

Ana: (*Regresando; mira inquisitiva a Martha*). Es una de tantas marchas de protesta.

Marta: ¿Ya ves?

Matilde: ¿Qué?

Marta: Raúl se va a tardar. Mejor vámonos, Juan ya puso el carro afuera.

Matilde: Con la marcha menos nos vamos a poder ir.

Ana: No vienen muchas personas, además los granaderos los están dispersando.

Matilde: ¡Qué bueno, que les den su merecido por holgazanes y revoltosos!

Marta: ¡Vaya, hasta que por fin estamos de acuerdo en algo!

Matilde: ¡Qué contenta te has puesto de repente! Tal pareciera como si nada de lo que ocurre te importara.

Marta: Te equivocas.

Matilde: Entonces...

Marta: Ya me cansé, estoy harta de estar aquí.

Matilde: Aprovecha que tienes a Juan esperando afuera y vete. Dile que si en una hora y media no le he llamado, entonces que venga por mí.

Marta: (*Suplicante, como una niña*). Mamá yo no puedo irme sin ti...

Matilde: Entonces espérame.

Marta: Pero mamá...

Matilde: ¿Cuántas veces tengo que decirte que necesito hablar con Raúl?

Marta: Entonces de nada te sirvió haberte quedado a solas con ésta. (*En franca referencia a Ana*).

Ana: No, de nada.

Marta: ¡Qué tal! ¿Y por qué, eh?

Ana: Lo que yo sé, no les va a servir en lo absoluto; a no ser que como dice Raúl lo que ustedes quieran sea sacarle provecho a la situación.

Marta estalla una sonora carcajada.

Marta: Así que eso dice el carpintero. ¿Qué sabe él de nosotras?

Matilde: Me parece ridículo; no veo como podríamos querer aprovecharnos de algo tan espantoso como la muerte de mi hija y la desgracia de mi nieto.

Ana: A Raúl le extraña mucho que después de todo lo que ha ocurrido, se presenten de buenas a primeras queriendo colaborar con los gastos del servicio y buscando conocer a Monchito.

Matilde: Elena es mi hija y su hijo, mi nieto... ¡Cómo no sentirme afectada!

Ana: Tú los corriste: despreciaste a Raúl y maldijiste a Elena el día del entierro de Fernando.

Matilde: En verdad me siento muy arrepentida; nunca creí que Elena se moriría antes de que yo pudiera pedirle perdón.

Marta: Mamá no seas ridícula. ¿Perdón por qué?

Matilde: Por como traté a Elena cuando murió tu hermano. En esa ocasión yo no podía pensar, estaba fuera de mí; desesperada, enojada, molesta... Siempre tuve la sensación de que quienes secuestraron y mataron a Fernando eran gente del tipo Raúl.

Marta: Así es mamá, personas que de ninguna manera merecen estar nada.

Matilde: Hija, deja de decir tantas estupideces.

Marta: No son estupideces mamá, es la verdad. A esas personas, si es que así se les puede llamar, que limpian parabrisas y escupen fuego en las esquinas, más les hubiera valido no haber nacido.

Ana: Eso mismo has de pensar de Monchito.

Marta: ¿De quién?

Ana: De tu sobrino, el hijo de Elena.

Marta: No te lo podría decir, porque ni lo conozco.

Ana: Y si te dijera en donde se encuentra, ¿lo irías a ver?

Marta: Posiblemente.

Matilde: Yo sí, con mucho gusto.

Ana: ¿Y qué las pondría más contentas? ¿Saber que está en perfecto estado, o descubrir que solo le quedan unas cuantas horas de vida y que es un inmejorable candidato para la donación de órganos?

Matilde: ¿Qué es lo que estás insinuando?

Ana: No se puede insinuar lo que es evidente.

Marta: ¡Desgraciada!

Matilde: ¡No puedes estar pensando semejante barbaridad de nosotras!

Ana: La mamá de Raúl que fue quien les llamó para avisarles sobre la muerte de Elena, con toda seguridad, les dijo que el niño se encontraba muy grave en el hospital.

Ellas no responden, sólo la miran furiosas.

Ana: Tan, pero tan grave, que podría morir; entonces ustedes pensaron, por todo lo que les ha dicho el doctor Álvarez, que el niño de Elena, a pesar de ser el hijo de un naco, lleva la sangre de ustedes y que las probabilidades de que el riñón del niño sea compatible con el de Fernandito, son muy altas.

Marta: *(Con sarcasmo, aplaude.)* ¡Brillante! No me quedan palabras para calificar tus extraordinarias deducciones.

Matilde: Hija, nosotras venimos con las mejores intenciones. No quisiera irme sin saber lo que sucede con mi nieto... ¿Cómo dices que se llama?

Ana: Ramón.

Matilde: Claro, como mi padre, y ofrecerles alguna cantidad... Todo lo que sea necesario para que si se llega a recuperar, pueda vivir sin ninguna apuración económica; y si no, pues no te he de negar que yo estaría dispuesta a pedirle, a suplicarle a Raúl que me dé tan siquiera uno de sus riñones para Fernandito. Ana, por lo que más quieras ayúdanos.

Ana: ¿Yo, cómo?

Marta: Diciéndonos en dónde y en qué circunstancias se encuentra el niño.

Ana: *(A Matilde)*. Ya te lo expliqué, no puedo hacerlo.

Marta: ¿Por qué?

Ana: Se lo prometí a Raúl.

Marta: ¿Y de cuándo acá prometes quedarte callada? ¡Como si fueras capaz de ello! ¿No será que te lo quieres abrochar, ahora que se encuentra libre?

Matilde: *(Furiosa.)* ¡Es el colmo!

Ana: *(A Matilde.)* Con permiso Matilde, me retiro.

Ana sale con paso apresurado.

Marta: *(Sarcástica.)* ¡Pero si se ofendió la señorita!

Matilde: ¡Ya lárgate de una buena vez! Eres un monstruo. No te soporto. ¡No te quiero ver más!

Marta: ¡Pero sí tú también te molestaste! No sabes cuánto lo siento.

Matilde: ¡Imbécil! ¿No te das cuenta de que Ana estaba a punto de decirnos lo que sabe?

Marta: ¿Y tú no te das cuenta de que es una mentirosa, y que al igual que Elena tiene una fascinación por esta gente?

Matilde: ¡Por Dios Marta!

Marta: No pensabas así hace rato, ni hace un mes; bueno no pensabas así cuando Elena conoció al carpintero. ¿Quién te entiende?

Matilde: ¡No tiene caso seguir hablando contigo! ¡No sé porque te pedí que me acompañaras!

Marta: ¡Lo sabía, lo sabía! Siempre terminas por decir lo mismo.

Matilde: ¡Cállate!

Marta: Tú a mi no me callas.

Matilde: ¡Soy tú madre!

Marta: Ojalá no lo fueras. ¡Te aborrezco! ¡Te vomito! Estoy harta de ti.

Matilde: Entonces por qué no te vas.

Marta: Si estuvieras en mi lugar, estoy segura que te parecería un deleite ver cómo te arrastras ante el pendejo de Raúl por un riñón.

Matilde: ¡Esto no te lo voy a perdonar! ¡Eres una maldita infeliz enferma!

Matilde alcanza a su hija del cabello con la intención de propinarle una cachetada. Marta esquiva el golpe y en cambio, consigue tirar a su madre al suelo. En su intento por atizar una a la otra el mejor golpe, tiran algunos de los objetos que se encuentran sobre el escenario como serían los floreros, las flores y las lámparas. La lucha verbal tampoco cesa.

Matilde: ¡Suéltame desgraciada!

Marta: ¡Nunca!

Matilde: ¡Estás loca!

Marta: ¡Sólo una loca podría seguir viviendo contigo, después de todo lo que me has hecho!

Matilde: ¡Infeliz! ¡Pero tú no vuelves a poner un pie en mi casa!

Marta: ¡En tú casa! ¡Si esa casa es mía! ¡Me la dejó mi papá!

Matilde: ¡No mientras yo viva!

Marta: ¡Ya veré yo el modo de quitártela!

Matilde: ¡Sobre mi cadáver!

Marta: ¡Maldita, te odio! ¡No sé cómo no te has muerto tú también!

Ana y Raúl entran a la mitad de la lucha, primero permanecen expectantes, después lo que ven les causa cierta gracia; al fin se acercan para separarlas.

Marta: (A Raúl, quien intenta alejarla de Matilde). ¡Suéltame imbécil!

Matilde: (*Sofocada*). ¡Bendito sea Dios!

Ana: (*Ayudando a Matilde a levantarse*). ¿Estás bien?

Matilde: Sí, gracias.

Ana y Raúl recogen todo lo que se ha caído durante la pelea. Matilde y Marta, cual niñas regañadas, se sientan en el sillón y recomponen su aspecto. Marta saca de nuevo su frasco con pastillas ingiere una y ofrece otra a su madre quien la engulle también.

Matilde: (*Después de un rato, se levanta acercándose con discreción a donde se encuentra*

Raúl). Estoy tan avergonzada. No sé qué fue lo que nos ocurrió...

Matilde trastabilla, mostrando síntomas de mareo, alcanza el brazo de Raúl para detenerse. Éste la ayuda llevándola al sillón.

Matilde: Gracias, muchas gracias.

Raúl: (*Después de un momento*). Doña Matilde le pido de la manera más atenta, que en cuanto se hayan recuperado, se retiren.

Marta: (*Que lo ha escuchado, se levanta*). Así que ahora tú nos corres. ¿Cómo te atreves infeliz!

Matilde: (*Tomándola del brazo, la obliga a sentarse, gesticulando para que la obedezca.*)

¡Marta Matilde Morales, te callas de una buena vez!

Marta: (*Entre dientes*). ¡Estúpidos!

Matilde: (*A Raúl*). Discúlpanos. Sé que nuestro comportamiento en cada una de las ocasiones que nos hemos visto, no ha sido el más adecuado.

Raúl: Así es.

Matilde: (*Al borde del llanto*). Permítenos esperar que llegue el cuerpo de Elena, era mi hija, quiero despedirme de ella.

Raúl: Pero si ya lo hizo en el funeral de su hijo; honestamente no sé a qué vinieron. En vida nos humilló, nos insultó, nos maldijo...

Matilde: Raúl mi arrepentimiento es sincero: deja que la espere; permíteme conocer a tu niño.

Raúl: ¿Para qué lo quiere conocer?

Matilde: Es mi nieto, sangre de mi sangre...

Raúl: A ver, cálmese doña Matilde. Si usted de verás hubiera estado interesada en conocer a Monchito, lo podría haber hecho antes de que todo esto ocurriera.

Matilde: (*Suplicante*). Entiéndeme Raúl, me encontraba avergonzada, confundida; no quería que ustedes me rechazaran.

Raúl: ¿Y ahora?

Matilde: Es muy distinto; soy viuda, dos de mis tres hijos están muertos. No podría haber recibido mejor castigo.

Raúl: (*Fastidiado*). ¿Y eso qué? De verdad no la entiendo.

Matilde: Ahora estoy dispuesta a todo. A recibir lo poco que quede.

Raúl: Yo no tengo nada que pueda interesarle.

Matilde: Te equivocas, hijo.

Raúl: Las cosas no son como usted las está planteando. Elena no quería volverlas a ver; no quería saber nada de su familia, de las Morales; así les decía. (*Pausa*). Es mejor que se vayan.

Marta: Sí, mamá... ¡Vámonos!

Matilde: (*Intenta llorar*). Raúl te lo suplico, pídemelo lo que quieras; lo que sea, dinero, una casa, un coche... Déjame conocer a tu hijo...

Marta: (*Jalando a su madre hacia la salida*). ¡Esto es demasiado! ¡Vámonos te digo!

Matilde: (*A Marta*). ¡Suéltame!

Marta: ¡No, estás loca!

Matilde: ¡Qué me sueltes, te digo!

Matilde se zafa, camina hacia Raúl.

Matilde: Por favor permíteme conocer al niño, a mi nieto; abrazarlo, besarlo antes de que él muera también.

Raúl: ¿Pero quién les dijo que Monchito va a morir?

Marta: Ana.

Raúl: Eso no es posible.

Marta: *(Furiosa, a Ana, jalándola del brazo).* ¡Díselo Ana! ¿O no fuiste tú quien nos dijiste que el niño está muy grave en el hospital?

Ana: Lo único que les dije es que Raúl se encontraba en el hospital, pero eso no significa que el niño se encontrara allí también.

Marta: Entonces, ¿dónde está?

Raúl: Aquí afuera junto con todos mis allegados.

Marta: ¿Y por qué no entran?

Raúl: Están esperando a que ustedes se vayan.

Matilde: Todo esto debe tener una explicación. ¿Quién está en el hospital?

Raúl: No tienen por qué saberlo.

Marta: El hijo de Elena, al que atropellaron junto con ella.

Raúl: No, mi hijo se encuentra aquí afuera, ya se los dije.

Marta: ¡No les creas mamá, están mintiendo!

Ana: El león cree que todos son de su condición.

Marta: ¿Qué?

Ana: Aquí la única que miente eres tú. ¿No decías cuando llegué que tú no sabías nada?

Ahora resulta que estás enterada de todo lo ocurrido.

Marta: *(Nerviosa)*. La mamá de Raúl se lo dijo a mi madre... *(A Ana)*. Y tú me dijiste que el niño siempre estaba con ella.

Matilde: Así es Ana. ¿Cómo íbamos a dudar de la palabra de la señora o de la tuya?

Raúl: ¿Qué fue exactamente lo que le dijo mi mamá, doña Matilde?

Matilde: Que Elena había muerto atropellada y que el niño estaba con ella; que él no había muerto, pero que se encontraba muy grave, en el hospital.

Raúl: ¿Eso fue todo?

Matilde: Sí.

Raúl: ¡Mmm!

Marta: *(Desesperada)*. ¡Mmm, qué? ¿Y ahora qué nos vas a inventar? Tu mamá nos lo dijo.

Raúl: El niño que está en el hospital es mi sobrino, el hijo de mi hermano; *(Pausa)*. Ahora por favor retírense o me voy a ver en la penosa necesidad de hacerlas salir por la fuerza.

Marta: ¡No te atreverás!

Matilde: Pero... ese niño estará en condiciones de donar un riñón también.

Ana: *(Perpleja)*. ¡Qué?

Matilde: Va a morir, ¿no?

Raúl: No, doña Matilde, no va a morir.

Marta estalla una sonora carcajada; Matilde la mira, camina unos cuantos pasos hacia la salida. Regresa, y se dirige a donde se encuentra Raúl.

Matilde: Sólo una cosa más; te recuerdo que mi madre me dio un anillo que había sido de su abuela, y que ha permanecido en nuestra familia, generación tras generación...

Raúl: *(Interrumpiéndola)*. Sí, doña Matilde, ya lo sé, el anillo ya no es de Elena porque está muerta y no tuvo hijas: pertenece a las Morales. *(Sacando una cajita del bolsillo)*.

Aquí lo tiene, que le aproveche. (*Entrega la cajita a Matilde*). Ahora si me permiten... (*Le muestra el camino hacia la salida*).

Matilde la recibe, fijando durante unos segundos su mirada en la de Raúl. Marta arrebató la caja a su madre para revisar de inmediato el contenido. Matilde da la media vuelta, dando la espalda a su yerno.

Matilde: (*Besando a Ana*). Hasta luego hija.

Marta: ¿Mamá, me lo vas a regalar?

Matilde no responde, camina hacia la salida seguida por su hija.

Marta: ¡Ándale mami! Y te prometo que este año me embarazo, ¿sí?

Salen. Ana y Raúl permanecen impasibles. Los dolientes cargados con flores y coronas comienzan a entrar.

Ruido.

Oscuro.

Atizapán, México.

Febrero, 2007.